

2.ª EPÍSTOLA A LOS TESALONICENSES

Introducción

En esta segunda epístola, el apóstol corrige algunos errores en los que cayeron estos discípulos respecto al día del Señor, por culpa de la enseñanza de falsos maestros. Como hizo de forma parcial en su primera carta, les ilumina el entendimiento con relación a la porción de los santos a la venida de Cristo. Es evidente que, en este sentido, habían recibido poca instrucción.

En sus mentes prevalecía cierta oscuridad. En determinados aspectos, todavía se encontraban sometidos a la influencia de aquella nación infeliz que se esforzaba por mantener la posición que su incredulidad había echado a perder.

Esta influencia judía nos permite entender por qué el apóstol hablaba como lo hacía en el pasaje 2:15-16 de su primera carta. Entonces se manifestaba la tendencia en los tesalonicenses a perder de vista el aspecto celestial de la venida del Señor, a creer solamente que en el momento de su regreso serían glorificados con él (como lo pensaba un judío), y que los santos fallecidos no estarían presentes para compartir esta gloria. No digo que esta manera de pensar se tradujera en un lenguaje concreto, pues para ellos el principal objeto de su vida era el Señor, al que esperaban con corazones gozosos y llenos de vitalidad. Pero el aspecto celestial de esta expectativa no se reproducía en sus mentes, por eso confundían la venida con la manifestación, predominando de este modo su idiosincrasia y la consiguiente exclusión de los muertos.

Cuando Pablo escribió esta segunda carta, la impronta judaica asumía una nueva forma, y los falsos maestros eran mucho más objeto de crítica.

Capítulo 1

Los fieles de Tesalónica habían empezado a pensar que «el día del Señor» era un día de juicio. El Antiguo Testamento hablaba mucho de este tiempo de tinieblas y castigos sin parangón; un día, en fin, de prueba para todos los hombres (cf Is 13, Jl 2 y Am 5:18). Los tesalonicenses, en esta ocasión, pasaban por terribles persecuciones. Tal vez su esperanza de una intervención terrenal del Señor, mientras aún vivían, se había desmoronado, pero el apóstol se regocijaba, al menos, en el aumento de su fe y su práctica del amor. No dice nada sobre su esperanza, ni tampoco del gozo de su vida cristiana como manifiesta, por el contrario, en la primera epístola. De todos modos, iban por un buen camino, y esto hacía que Pablo se gloriará de ellos¹⁵ en las iglesias de Dios. Sin embargo, los falsos maestros se aprovechaban de su condición sufridora para extraviarlos, cosa que pesaba más en los corazones que el gozo en la esperanza, ya débil de por sí. Asimismo, la influencia que todavía les quedaba de los pensamientos judaizantes y de sus hábitos favorecía los ataques del enemigo. El instrumento de esta sutil maldad les decía que el día del Señor, aquel tiempo temible, ya había llegado (en el cap. 2, versículo segundo, la palabra no es «cerca», sino «llegado», «presentado»). Todo lo que los tesalonicenses sufrían, y lo que encogía su corazón, servía de excusa a los falsos maestros para demostrar que sus palabras eran ciertas. ¿No estaba escrito que había de ser un día de prueba y gran angustia?

Las palabras que salían de la boca de estos maestros tenían además la pretensión de elevarse sobre la razón. Querían decir, en realidad, que era el Señor quien hablaba, el Espíritu el que las decía, una carta comunicada a través de un canal inspirado. Hablaban con tanta seguridad y malicia sobre estas cuestiones que no temían presentarse bajo la autoridad del

¹⁵ En la primera epístola dice que no necesitaba hablar acerca de ellos, dado que el mundo corroboraba por doquier los principios que los gobernaban. Veremos una diferencia similar dentro de poco. Ya no se trataba de la misma novedad de la vida.

apóstol y declarar que aquel día había llegado. Es impresionante el dominio que ejerce Satanás en la mente con el miedo, cuando no existe un temor que nos guarde en la paz y en el gozo de Dios: «no os dejéis atemorizar por vuestros adversarios —dice el apóstol a los filipenses—, que para ellos esto es signo evidente de perdición, pero para vosotros de salvación...». Bajo un estado mental de este tipo, todos somos susceptibles de dar las cosas por ciertas, o lo que es lo mismo, recelamos de todo y al final es fácil no creer en nada. El corazón se rinde ante el miedo y es propenso a aceptar lo que sea, porque está en tinieblas y no sabe qué creer. Así pues, el apóstol exhorta a los tesalonicenses a que no se dejen impresionar y no pierdan fuelle, evitando ser afectados por los hechos que desacreditan la verdad.

Pablo trata este caso de la misma forma que en la primera epístola. Antes de abordar el error, habla del mismo asunto bajo una luz real, basándose en el conocimiento que tenían los tesalonicenses. Se lo presenta con total claridad aplicándolo a sus circunstancias temporales, por cuyo medio habían podido librarse de la influencia del error y de la incomodidad que causaba a la mente, pudiendo plantarle cara y juzgarlo por la enseñanza que el apóstol les dejó.

Eran perseguidos y padecían el sufrimiento y la conmoción. El enemigo sacaba partido, pero el apóstol esclarece los hechos. Los anima diciéndoles que todo lo que estaban padeciendo era un tipo de señal que los dignificaba para el reino, que al fin y al cabo era por lo que sufrían. «El día del Señor» habla del momento en que él vendrá para juzgar, y el significado de su venida no pretendía hacer sufrir a los suyos, sino castigar a los malvados. La persecución no tenía nada que ver con el día del Señor, dado que con ella la gente malvada hacía lo que quería y llevaba la voz cantante, infligiendo sufrimiento a los que el Señor amaba y, desde luego, ¡ese no podía ser Su día! El apóstol no construye su argumento para tratar solo esta cuestión, sino que hila sus razonamientos de un modo que el uso que pudiera hacer de ellos el enemigo cayera por su propio peso. La verdad factual estaba ahí, y la evidencia que mostraban los hechos era incuestionable, vista su simplicidad. En el momento en que Dios tomara control de todo, recompensaría con tribulación a los que habían hecho sufrir a sus hijos, que obtendrían al fin el descanso. El instante de entrar en este reposo no es de lo que hablamos aquí, sino del contraste entre el verdadero estado de los tesalonicenses, y el que tendrían si Jesús hubiera venido. No es que se sintieran mentalmente acosados con el asunto de su venida, pero en el día del Señor descansarían, y los malvados recibirían el castigo cuando él viniera para expulsarlos eternamente de la gloria de Su presencia. La trascendencia de este capítulo es muy evidente si comprendemos el estado al que habían llegado los tesalonicenses, que creían que el día del Señor se había cumplido.

Se establecen dos principios. En primer lugar, el justo juicio divino. Por un lado, es un juicio justo, y por otro sirve para recompensar a los que sufren por causa del reino de Dios, para que él pague lo que merecen estos acosadores. Por último, tenemos la manifestación gloriosa de Jesús, en la que los suyos entrarán al reposo y la felicidad cuando él ejerza el poder.

Hay asimismo dos razones que apoyan el juicio. Ellos no conocían a Dios y no obedecían el evangelio del Señor Jesucristo. Estando sin excusa por el testimonio recibido, había quien sumaba al abuso de su relación natural con Dios, y al olvido de su majestad, el rechazo de la revelación de su gracia en el evangelio.

Mientras, el apóstol les hace ver el buen resultado de la manifestación gloriosa de Jesús. Él vendrá para ser glorificado en sus santos y recibir la admiración de todos los que han creído en él, y como es de esperar, de los tesalonicenses. Una prueba rigurosa de que al menos no debían considerar su persecución el cumplimiento de la llegada de aquel día. Por lo que a ellos respecta, estaban completamente libres de la confusión que el enemigo había querido sembrar para intranquilizarlos, por lo que el apóstol pudo tratar este asunto del error con unos corazones que, en cuanto a su estado, fueron al fin tranquilizados y conocieron la paz.

Estas consideraciones eran típicas de las oraciones que hacía por ellos. Buscaba de Dios que les diera la dignidad de su vocación y el Señor fuese glorificado en ellos por el poder de la fe, que brilla con tanta más luz en las persecuciones. Después de todo esto, serían glorificados

en él cuando ocurriera la manifestación de Su gloria, según la gracia de Dios y del Señor Jesucristo.

Capítulo 2

Una vez que ha llevado sus almas al terreno de la verdad, el apóstol aborda el asunto del error desde la perspectiva que originó sus comentarios.

Como respuesta a este error, y con el fin de guardarlos de las intenciones de quienes querían seducirlos, pone todas las cosas en su lugar con abstracción de las preciadas verdades que les había mostrado. Su reunión con Cristo en el aire demostraba la imposibilidad de que el día del Señor hubiera llegado.

Junto a ello presenta dos consideraciones más. La primera, que ese día no podía haberse cumplido aún, dado que los cristianos no se habían reunido con el Señor para volver con él. La segunda consideración es que el inicuo, que había de ser juzgado, tampoco se había manifestado, de forma que el juicio no podía ejecutarse.

El apóstol había instruido a los tesalonicenses con referencia al inicuo. A estas alturas del discurso, no se había revelado, por lo que se presenta solo como argumento. El Señor Jesús venía, pero era imposible que estuviera en la gloria sin la iglesia. El Rey, efectivamente, mandaría al castigo a sus súbditos rebeldes, pero antes traería a los que le habían sido leales, para honrarlos públicamente delante de todo el mundo.

El apóstol está hablando del rapto y les ordena que, por causa de esta verdad, no cambien de mentalidad, como si aquel día hubiera llegado. Qué seguridad debió darles saber que su corazón podía estar confiado, porque el apóstol no dejaba de transmitírsela. La relación de la iglesia con Cristo, y la posición que es inevitable que tenga con él, convertía en necia la idea de que aquel día se hubiera cumplido.

En segundo lugar, se afirma el hecho de que la apostasía debe aparecer mucho antes de que se revele el hombre de pecado. Solemne verdad. Todo encaja. Las formas y el nombre del cristianismo se han mantenido durante largo tiempo, y los verdaderos cristianos han perdido la credibilidad con su testimonio. Y, sin embargo, sucede que en este punto el rechazo de la fe da lugar a la apostasía. Los cristianos verdaderos tienen su sitio en el cielo, pero llegará una persona que encarnará pecaminosamente el carácter absoluto del hombre ateo, que hará su propia voluntad —no es otro que Adán en plena manifestación de sí mismo—. Bajo instigación del enemigo se opondrá, con una obvia enemistad, al propio Dios, exaltándose sobre todo lo que lleva Su nombre y asumiendo Su lugar en el templo. De modo que tenemos aquí lo que llamamos apostasía, la renuncia declarada y abierta al cristianismo, originada por un individuo que concentra en su persona (en lo relativo a los principios de iniquidad) todo lo contrario de Dios.

Os habréis dado cuenta de que el carácter del inicuo es religioso, o mejor dicho, antirreligioso. El apóstol no está refiriéndose a cualquier poder seglar. El hombre de pecado asume un carácter religioso y se exalta contra el auténtico Dios, suplantándole en Su templo. Fijaos en que el radio de acción de este suceso será la tierra. No habrá un dios que luche por granjearse una fe, sino que lo hará para ganarse a su población. Se habrá abandonado la profesión del cristianismo y el pecado dejará paso a una personalidad que con su naturaleza humana colme la medida de la apostasía y proclame su independencia de Dios. El principio del pecado humano es manifestar la voluntad, y se manifestará, como hemos visto, cuando el cristianismo haya sido rechazado y el mal alcance su clímax.

El hombre de pecado desafía al Dios de Israel sentándose en el templo, un gesto que le otorga categoría oficial. Entra en conflicto con él tras posicionarse públicamente en su lugar, y desprecia el cristianismo lo mismo que la religión natural, el judaísmo¹⁶.

Estos versículos muestran al inicuo en relación con el estado del hombre, en los distintos tratos que este ha mantenido con Dios. Se exhibe como apóstata y asume un lugar que corresponde a la divinidad. Es el primer objetivo de la ambición humana, tal como sugieren las ansias de Satán por conseguirlo en Edén. A continuación, dadas las distintas posiciones que Dios ha dado al hombre, no es el estado de la apostasía lo que el apóstol declara aquí, sino al hombre incontrolado y la obra satánica. El hombre es solo el receptáculo que contiene el poder hostil del enemigo.

El Señor Jesús, el Hombre en quien se encuentra la plenitud de la deidad, y el otro, poseído por la fuerza satánica, se contraponen. Antes teníamos al hombre malvado olvidándose de Dios y pagado de sí. Lo que vemos, en esta ocasión, es el antagonismo del hombre irrefrenable inspirado por Satán. A resultas de esta amalgama, no vemos al inicuo, sino al desleal y disoluto (cf 1Jn 3:4). Este primer ejemplo nos habla del hombre culpable y alejado de Dios, mientras que el segundo caso señala al otro rechazando toda autoridad que no sea la suya. Hasta este momento no había estado alzada la barrera a este estado de cosas, pero dentro de poco iba a perderse toda compostura.

El apóstol ya les había referido qué significaba la apostasía y les había hablado del surgimiento del hombre pecaminoso. Ahora explica a los tesalonicenses que tenían que conocer los impedimentos que se planteaban para este progreso y el cumplimiento del tiempo señalado. Tenían que saberlo. Conociendo el carácter del inicuo, la barrera iba a levantarse sola. El argumento principal es que se trataba de eso, de una barrera. El principio del mal ya estaba en acción, con un obstáculo que impedía que siguiera desarrollándose, pero que al quitarse revelaría una voluntad fuerte, poderosa y desenfrenada enfrentada a todo¹⁷.

Una voluntad descontrolada es el principio del mal, y lo que la frena es la barrera. Esta voluntad se ensalza sobre todo lo que lleva el nombre de Dios o le rinde honores, pero se lo impide Su poder, que gobierna sobre la tierra. El abuso flagrante de poder conserva todavía estos rasgos. Cristo le había dicho a Pilatos que no tendría ninguno sobre Él si no le fuera divinamente concedido. Perverso como era el gobernante, sabía que su poder era divino, y aunque los hombres hayan crucificado a Jesús, y la iniquidad parezca haber alcanzado cotas muy altas, prosigue un obstáculo. Dios llama a la iglesia después de haberle enviado su Espíritu. El misterio de iniquidad comienza a obrar de forma inmediata, confundiendo la voluntad de los hombres en la adoración espiritual a Dios, pero en la tierra él ha tenido hasta hace poco el objeto de sus tiernos cuidados. El Espíritu Santo ha estado presente y, la asamblea, sea cual fuera su estado, también. Dios mantenía la barrera bajada. Igual que el portero abre la puerta a Jesús, también dilata los acontecimientos, por avanzado que esté el mal y la fuerza que lo impulsa. Le pone freno. La causa de que haya autoridad es divina, e impide el dominio maléfico. Ahora bien, cuando la asamblea, compuesta por los verdaderos miembros de Cristo se haya ido, y el Consolador, el Espíritu Santo, no habite más la tierra, tendrá lugar la apostasía¹⁸, habiendo llegado el momento de retirar el obstáculo que impedía dar rienda suelta al mal, que finalmente —no sabemos por cuánto tiempo— asumirá una determinada forma en la persona que lo

¹⁶ En 1Jn 2 sale la doble cara del anticristo respecto al cristianismo y el judaísmo. Su poder es obra de Satanás. Este actor niega tanto al Padre como al Hijo, y rechaza la religión de Jesús, negando que sea el Cristo, lo habitual en la incredulidad de los judíos. Como hombre, se prepara para ser dios y manifestar su osadía en todos los sentidos.

¹⁷ Fijémonos en esta cuestión. Todo estaba preparado en tiempos del apóstol, pero había una restricción. Cristo estaba listo para juzgar. Su paciencia solo prorrogaba la hora señalada.

¹⁸ Puede que este principio ya esté obrando ampliamente de forma personal, dado que en 1Jn 2 ya había comenzado, pero su manifestación pública tenía que llegar aún. Judas habla con relación al mal que se desliza en la iglesia para corromperla; Juan, a su perpetración pública por parte del anticristo.

encarnará y extenderá a todos los confines. La bestia subirá del abismo. Satanás, y no Dios, es quien le dará autoridad, y toda esta energía estará también contenida en la segunda bestia. He aquí el hombre de pecado. Hablamos en este punto de la epístola de un poder secular de puertas afuera, salvo del aspecto religioso que adoptará la fuerza satánica. En cuanto a los instrumentos individuales que componen la barrera, pueden variar en el instante, y no es la intención del Espíritu Santo decir cuáles son. Los que existían, por ejemplo, cuando se escribió esta epístola no eran los mismos que los actuales, y de haberlo mencionado entonces habría servido de poco en nuestro tiempo. Lo importante era declarar que el mal que debía juzgarse estaba en marcha, que no había nada para remediarlo, solo un obstáculo de parte de Dios que evitaba que se propagara más. He aquí un principio de suma importancia con relación a la historia del cristianismo.

Sea cual fuere la forma que vaya a asumir la apostasía de los hombres que renunciarán a la gracia, se manifestará de un modo más palpable que anteriormente. Declarará su oposición al Señor con la marca de un adversario. Un principio de la iniquidad humana entra en acción, pero del que hablamos aquí causará la perdición más absoluta. El rechazo de la bondad, una flagrante enemistad declarada.

«Lo que impide» es normalmente la herramienta o medio que evita que se manifieste el maligno. Mientras la iglesia continúe en la tierra, no se puede pretender que el inicuo acceda al templo de Dios, porque no tendría apenas el apoyo de nadie. Satanás tiene sus propios medios, y es necesario que cuente con dicho apoyo, circunscrito a un misterio de iniquidad. El misterio dejará de existir cuando se usurpe el lugar de Dios de manera evidente. Lo que hoy evita que suceda está vivo. Alguien le pone trabas, y creo personalmente que se trata de Dios en la figura del Espíritu Santo, que durante el tiempo que duren las cosas que son, impedirá el avance del mal y mantendrá la autoridad divina en el mundo. Todo el tiempo que esto siga así, no se desencadenará la furia descontrolada del mal. En consecuencia, no me cabe duda de que el raptó de los santos sea la ocasión de que se quite todo impedimento y se desate la furia, si bien algunos actos providenciales empezarán a revelarse antes de la completa manifestación del mal.

Este pensamiento no se basa únicamente en unos principios de extrema importancia. El pasaje proporciona elementos que muestran cuál será el estado de cosas cuando empiece a suscitarse el poder maléfico. Antes que nada, ocurrirá la apostasía, pero esta afirmación carecería de sentido si subsistiera el testimonio de la asamblea como en el pasado, o, si de forma más trascendental, fuera librada de todo elemento falso y corrupto. Después está la autoridad establecida divinamente, que tras haber frenado la voluntad humana, desaparecerá de la escena y tendremos al hombre exaltándose contra todo lo que se llama divino, acaparando la atención, lo que le autorizará para entrar en el templo y designarse a sí mismo Dios. Comparad con el Sal 82, donde Yahvé se presenta entre los dioses (jueces) para juzgarlos antes de heredar las naciones. Antes de esta hora solemne, el inicuo menosprecia la autoridad del cielo, pero en la tierra recibirá su juicio. Por último, el lugar del Espíritu Santo y su poder los usurpa el satánico, que obrará precisamente las mismas señales que dieron testimonio de la persona de Cristo. Este pasaje, ya se refiera al hombre o al enemigo, nos ofrece en los tres puntos explicados la constatación de los elementos que nos hemos aventurado a relatar.

La asamblea, los poderes ordenados por Dios, y el poder del Espíritu Santo, que sostiene como vicario el lugar de Cristo en la tierra, han dado paso a la disipación obstinada del hombre y al poder del adversario. Al decir esto nos referimos a unos medios proféticos, que incluyen también los medios utilizados por el testimonio divino y público. Definitivamente, tenemos al hombre desenvolviéndose del modo más natural, y no tarda en revelarse cuando abandona a Dios. Pone todo su empeño en ir contra él, y esta persona, que actúa con alevosía y premeditación, declara sus razones a resultas de la apostasía generada desde la posición que había llenado la gracia en la asamblea, una asamblea que rechazó la autoridad de gobierno que Dios detentaba. Como esta autoridad había existido en Judea, se anuncian el rechazo y el espíritu de rebelión debido a la usurpación cometida por el hombre de pecado de la autoridad divina en el templo, bajo la forma más avanzada de irreverencia judía. Se glorifica a sí mismo, mas no

puede ser celestial, puesto que Satanás hace que abandone toda pretensión al cielo y lo olvide. Al tiempo que Dios desatará sus correas, Satanás obrará un poder mentiroso con el mismo testimonio ante los hombres que el transmitido por las obras cristianas sobre el Salvador, con la habilidad de un poder impío y engañoso. Es en el inicuo y hombre desleal que Satanás efectúa estas cosas. La reflexión sobre cómo transcurre la última parte de esta virulenta escena, la veremos en Apocalipsis. Cabe añadir que allí tenemos al maligno como falso mesías y profeta en la forma de su reinado (con los dos cuernos de cordero). Había sido arrojado del cielo, donde mantenía una posición hostigadora hacia los santos, y se propuso robar los títulos que Cristo detenta de Profeta y Rey. En Dn 11 se le considera rey; aquí, el hombre frívolo y disoluto, por apostatar¹⁹ y manifestar el poder satánico. En una palabra, en lugar de la asamblea tenemos la apostasía, y en vez del Espíritu Santo a Satán usurpando la autoridad divina que refrenaba el mal, al hombre incontrolado que se hace llamar Dios.

Otra circunstancia que hemos mencionado antes reclama toda nuestra atención. Dije que se presenta como mesías, es decir, bajo los dos rasgos de rey y profeta, sus cualidades terrenales. En el cielo, Satanás ya no pinta nada y es arrojado, de modo que no efectúa más réplicas de la suma intercesión del Señor como sacerdote. Visto así, había estado desempeñando otro papel. En el cielo era el acusador de los hermanos, pero el momento al que nos referimos la asamblea ha sido tomada y el acusador es expulsado, para no permitirle otra vez el paso. En el hombre al cual inspira, se designa rey y profeta, y bajo este doble prisma de falsedad se mueve a las mismas anchas que los comisionados por Dios que hablaron de Cristo a los hombres. En griego, las palabras son idénticas. Quiero recordar un inciso. En la historia de Elías, la prueba sobre la divinidad de Baal y de Yahvé necesita fundamentarse en el hecho de que sus respectivos siervos puedan hacer descender fuego del cielo. Lo que tenemos en Ap 13 es a la segunda bestia obrando el mismo prodigio a los ojos de todos. Aquí, sin embargo, vemos las obras maravillosas que sellaban la misión del Señor, y con Elías, la prueba de que Yahvé es el único y verdadero Dios. Satanás obra ambos milagros para engañar a los hombres.

Esto nos da una idea del estado en que se hallará la humanidad. Todo parece indicar que esto irá relacionado con los judíos, desde la perspectiva tanto de su comunión con Yahvé como de su rechazo del Mesías, y de cómo reciban al anticristo.

Por este motivo, la verdad recibe, gracias a Dios, amplia confirmación de que estas tres cosas no tienen que ver solo con la asamblea, sino con los que habiendo tenido la oportunidad de sacar provecho de la verdad la niegan, prefiriendo la iniquidad. Tampoco hay ninguna referencia a los paganos, solo a quienes de ellos han sido capaces de aceptar la evidencia²⁰. La mayoría la rechazan, dado que Dios les envía un poder engañoso que los hace caer en la mentira. Igual que con las naciones y los judíos, ejecuta este juicio con ellos (cf Ro 1:24-28; Is 6:9, 10). En este ejemplo, el juicio se emite sobre los cristianos de nombre. Un guiño a la nación judía, que en su conjunto desestimó el testimonio del Espíritu Santo, y con más razón a los cristianos nominales. En suma, un juicio que se ejecuta sobre todos aquellos a los que una vez se les ofreció la verdad.

Con los cristianos que solo lo son de nombre, esto adquiere inevitablemente tintes de apostasía, al menos en cuanto a lo que a sus consecuencias lógicas se refiere, como nos dice el v 3. Llega la apostasía, y después se revela el hombre de pecado.

¹⁹ Observad que la apostasía se desarrolla bajo los tres estados que el hombre ha mantenido con Dios; la naturaleza (el hombre de pecado desenfrenado, que se exalta a sí mismo); el judaísmo (se sienta como Dios en el templo de la divinidad); el cristianismo (el término apostasía se aplica directamente en el pasaje que tenemos delante).

²⁰ Aludo aquí a la conexión que hay entre la renuncia al cristianismo y el avance del judaísmo apóstata, unidos en el rechazo del verdadero Cristo, y la negación del Padre y del Hijo, rasgos revelados en 1Jn típicos del anticristo. Estoy convencido de que cuanto más examinemos la palabra, más veremos —quizá con sorpresa— este hecho confirmado. Además, la vuelta al judaísmo, la inclinación a la idolatría por la introducción de otros mediadores, y el olvido de nuestra unión con la Cabeza y, por tanto, de la perfección y liberación de la ley, han caracterizado en todo momento el misterio de iniquidad y el principio de la apostasía. El apóstol tenía que reprimir esto continuamente. De lo que hablamos anteriormente no era más que su plena manifestación.

Si lo relacionamos todo con el carácter del inicuo, esta persona se presenta de forma inmoral en el templo y se hace pasar por Dios. En cuanto al poder satánico y su obra engañosa, se da a conocer bajo rasgos cristianos, pero en realidad es como anticristo que asume sus rasgos judíos. El orgullo del hombre que se exalta contra Dios, junto con el poder desatado que engañará a la humanidad —y si fuera posible, a los escogidos—, nos lleva al siguiente análisis: todas estas características se contraponen al verdadero Cristo: la mentira en lugar de la verdad, iniquidad donde debería haber justicia, condenación en vez de salvación.

Ante un poder como este de mentira y calamidades, el hombre, que ha olvidado el cristianismo y se ha llenado de orgullo contra Dios, sucumbirá sin remedio. La apostasía, o lo que es lo mismo, el abandono del cristianismo, propiciará la ocasión para que se manifieste todo este mal en Judea y en el seno de su población, revelando una escena que irá madurando y desarrollando como nunca el poder del mal.

El anticristo negará al Padre y al Hijo, es decir, el cristianismo. También que Jesús sea el Cristo, y se pondrá de relieve la incredulidad judía. Teniendo que acarrear esta carga de su pecado, cometido contra el cristianismo y la gracia y presencia del Espíritu Santo, firmará una alianza con los judíos faltos de fe, a fin de que la soberbia humana llegue a expresarse brutalmente durante un tiempo al lado del influjo satánico de un falso cristo que restablecerá el trono de Satanás entre los gentiles, y que la primera bestia ocupará tras recibir la autoridad del dragón. El anticristo fundará su sede con ayuda de los judíos, tras hacerse pasar por el mesías que la incredulidad habrá estado esperando, al tiempo que introducirá la idolatría y el espíritu inmundo, desaparecido tiempo atrás y que entonces volverá a una casa que Dios no ocupará.

Frente a la catástrofe ocasionada por el anticristo, el Señor Jesús lo consumirá con el espíritu de Su boca y lo barrerá con la manifestación de Su presencia. Se trata de la palabra de verdad que el poder de Dios aplicará en juicio. Apocalipsis dice que la espada sale de Su boca, una figura que no tiene nada que ver con la de un guerrero, al contrario de lo que dice su capítulo 19. El espíritu de su boca habla de aquel poder que enciende y ejecuta el juicio. No es ningún instrumento, sino una causa divina y poderosa la que lleva a cabo este propósito con la espada (cf Is 30:33). Hay, sin embargo, otro aspecto sobre el juicio. El Señor y Hombre Jesús volverá; su venida se efectuará en dos fases: en la primera, veremos su regreso en el aire para raptar la asamblea; en la siguiente y última, la manifestación pública de la gloria de su retorno. En el primer versículo de nuestro capítulo hemos leído que regresará para reunirse con él.

Lo que tenemos en esta ocasión es la manifestación de su presencia pública en la creación, cuando destruirá por completo la obra y el poder del inicuo. La destrucción de este hombre, cuya deslealtad le ha llevado a exaltarse y a llamarse Dios, la provocará quien una vez fue obediente, se humilló y fue exaltado como Señor de todo.

Este mal, que obraba por la influencia de Satanás, ya estaba en boga en tiempos del apóstol, solo que entonces tenía un límite que lo obstaculizaba y no lo dejaba extenderse fuera de su ámbito. A partir de aquel entonces, se revelará el inicuo.

Resumiendo, es imprescindible que primero suceda el rapto y luego surja la apostasía para presentarse este judío infiel. El poder de Satanás lo llevará impreso en la frente.

Una era satánica para quienes habrán rechazado la verdad. En cambio, el apóstol pensaba de manera muy distinta sobre los tesalonicenses, a los que dio estas explicaciones del día que ellos suponían cumplido. Desde un principio, Dios los había escogido y llamado «hermanos amados en el Señor», para que fueran salvos por la santificación del Espíritu y la fe en la verdad, a la que habían sido llamados con el evangelio de Pablo (y de sus compañeros) para alcanzar la gloria del Señor. Hay una clara diferencia entre lo que se conoce como las visitaciones del día del Señor, y las circunstancias que menciona aquí el apóstol. Ellos se contaban entre los que serían compañeros en el día del Señor Jesús.

Capítulo 3

No hay nada de particular en las exhortaciones del apóstol que nos permitan extendernos más. Su principal cometido era poder darnos la explicación que hemos estado considerando. Ruega que Dios y el Señor Jesucristo, que le habían dado la seguridad y el consuelo eternos del evangelio, puedan solazar el corazón de ellos y establecerlos en toda buena obra y palabra. También pide sus oraciones para que pueda ser guardado en el desempeño de la obra. No podía esperar otra cosa que la enemistad y la sinrazón humanas, pues no todos tenían fe. Era la ocasión para rogar la protectora mano de Dios. En lo referido a los tesalonicenses, para este fin contaba con la fidelidad del Señor. Confiaba en su obediencia y oraba para desviar la atención del corazón de estos santos hacia esos dos asuntos, de los que ya hablamos al estudiar la primera epístola: el amor de Dios, y la espera paciente de Cristo. Son dos cuestiones que resumen la vida cristiana, en lo relativo a sus objetos y origen moral. Cristo mismo se hallaba esperando (dulce pensamiento). Ellos solo tenían que hacer suya esta espera, hasta el momento en que Su corazón y el corazón de los suyos se regocijaron al instante en su mutuo encuentro.

Esto era lo que necesitaban. Por una parte, creían que los santos que habían muerto no estarían preparados para partir y reunirse con el Señor, pero por otra pensaban que el día del Señor ya había llegado. El regocijo en el amor de Dios, y la paz de corazón mientras esperaban a Cristo, era todo lo que precisaban. La emoción que fueron llevados a sentir demostró ser traicionera con algunos, cuando empezaron a desatender sus obligaciones («no todos trabajan, sino que molestan a los demás y se entrometen en sus asuntos»). El apóstol les había dejado un ejemplo bien distinto, exhortándolos a permanecer firmes y a separarse de quienes no querían escuchar sus admoniciones, siguiendo un camino desordenado y ocioso. No los trata como lo hacía con los enemigos, sino que los amonesta como a hermanos.

Fijaos que aquí no aparece la misma expresión que describe la energía de la comunión y de la vida como anteriormente (cf cap. 3:16 con 1Ts 5:23). Sin embargo, el Señor seguía siendo el Señor de paz, y la belleza de consagrarse totalmente a Dios y a su evidente manifestación el día de Cristo, no es un hecho que acuda a la mente y corazón del apóstol como en la primera carta. No obstante, ruega por ellos para que, a pesar de todo, tuvieran paz siempre.

Les indica el método que puede garantizar a los que permanecían fieles la veracidad de sus epístolas. A excepción de la epístola a los gálatas, utilizó a otras personas para redactarlas, pero él estampaba su firma para cotejar el contenido dirigido a la iglesia y añadía su oración como bendición final.